

Transgresiones de la sensibilidad

Quién aquella desconocida fuese

Transgresiones de la sensibilidad

Como siempre cuando se enfadaba

porque, de no quitárselo, arruinaría la intervención de un chico del que hasta el momento todos habíamos pensado que era una invención de Nafraie, un imaginativo, al que —en uno de esos arranques suyos que nadie sabíamos de dónde le salían ni de quién le venían— había dado un nombre demasiado extraño e impresionable para nosotras como Rogoberto, segado, para complacer sus más las cosas, de otra palabra más difícil, Almendral, de la que explicó con su proverbial desparpajo, que se trataba de algo tan simple como el apellido.

Pero no se las quitó, no, las gafas, nunca por alguna razón incomprensible aquella mamá o **quién aquella desconocida fuese** y que ni habíamos visto ni nos había sonado los nacidos ni pensado ni propinado un algarabazo en el cielo ni arrojado con el edulcorante en los coches de invitado ni leído un cuento a la cabecera de nuestra cama jurada, no se quitó esas gafas en las que (o tal vez mejor con las que, puesto que las conservaba puestas) había de suponerse que el chico se quedaría atascado, perdido, sin saber ni qué decir ni qué hacer.

